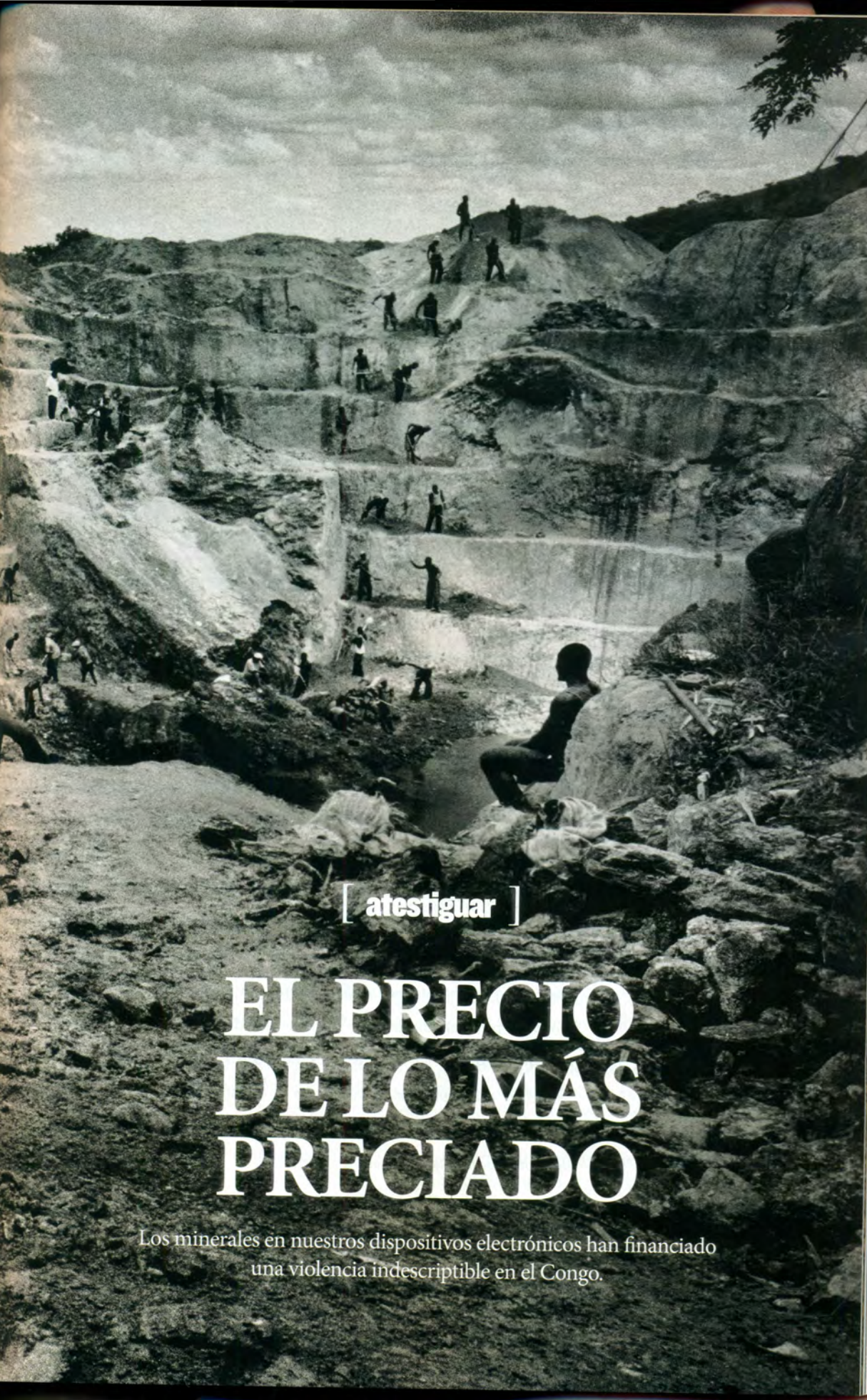


Un niño es forzado a trabajar en una mina del ejército en Watsa.



[atestiguar]

EL PRECIO DE LO MÁS PRECIADO

Los minerales en nuestros dispositivos electrónicos han financiado una violencia indescriptible en el Congo.



En su búsqueda de seguridad, estos aldeanos huyen del conflicto en la región de Ituri, en la RDC.



Fotografías de
Marcus Bleasdale

La primera vez que fui al Congo comprendí que nada había cambiado en los 100 años transcurridos desde la publicación de El corazón de las tinieblas, de Joseph Conrad, excepto que ahora eran multinacionales las que explotaban a la gente y saqueaban todos los recursos. Un informe de 2004 reveló que la llamada “primera guerra mundial de África” había costado la vida a más de cuatro millones de personas e, increíblemente, nadie hablaba de tan espantoso saldo fatídico. Tamaña indiferencia me enfureció. Pasé ocho meses fotografiando el conflicto y en ese lapso solo un par de reporteros internacionales hizo la cobertura desde Kinshasa. Por eso sigo presentando estas imágenes, porque quiero que el público se indigne tanto como yo; que sepa que los minerales de nuestros teléfonos móviles, computadoras o cámaras están financiando esa violencia. ¿Cómo acabar con ese horror? Todo empieza con una foto.

Por Jeffrey Gettleman

El primer niño soldado sale repentinamente de la maleza; en una mano lleva un rifle de asalto AK-47 y en la otra, un puñado de brotes frescos de marihuana. De unos 14 o 15 años, luce una peluca de mujer con trenzas postizas; el muchacho tuerce los labios en una sonrisa amplia y maliciosa, como si acabara de robarse algo, lo que es muy probable. En segundos, aparecen unos 10 chicos fuertemente armados, vestidos con uniformes de camuflaje raídos y camisetas sucias, descolgándose de los árboles circundantes y bloqueando el camino rojo de tierra por donde circulamos. De pronto, el diminuto ejército se abalanza sobre nuestra pequeña camioneta Toyota, inmovilizándonos.

Nos dirigimos a Bavi, donde hay una mina de oro bajo control rebelde en el extremo oriental, violento y salvaje, de la República Democrática del Congo, el país subsahariano más grande del continente y, en teoría, uno de los más ricos, con una inmensa fortuna en diamantes, metal amarillo, cobalto, cobre, estaño, tantalio y mucho más: billones de dólares en recursos naturales. Sin embargo, debido a la guerra incesante, es también una de las naciones más pobres y traumatizadas del orbe, contrasentido que se explica al enterarnos de que las minas que controlan las milicias en el Congo oriental son las mismas que han suministrado materias primas a las compañías de joyería y electrónica más importantes del mundo, de suerte que tu laptop –o cámara, o consola de juego o collar de oro– puede contener trazas de sufrimiento congolés.

Jeffrey Gettleman es jefe de la corresponsalía del New York Times en África oriental. Ve más imágenes del Congo oriental en marcusbleasdale.com.

El ejemplo perfecto es la mina de la región de Bavi, controlada por un caudillo barrigón llamado Cobra Matata. No obstante, “controlada” se antoja una exageración, pues no existen frentes definidos que delimiten el fin del dominio gubernamental y el inicio del territorio de Cobra, ni fuerzas opositoras agazapadas en trincheras o madrigueras, con el ojo puesto en las respectivas miras. En vez de ello, hay grados difusos de influencia con contados elementos del gobierno congoleño tendidos por ahí, a la sombra de un mango, y unos kilómetros más allá un puñado de niños soldados fumando marihuana; entre ambos, solo la extensa, vacía y rutilante selva verde.

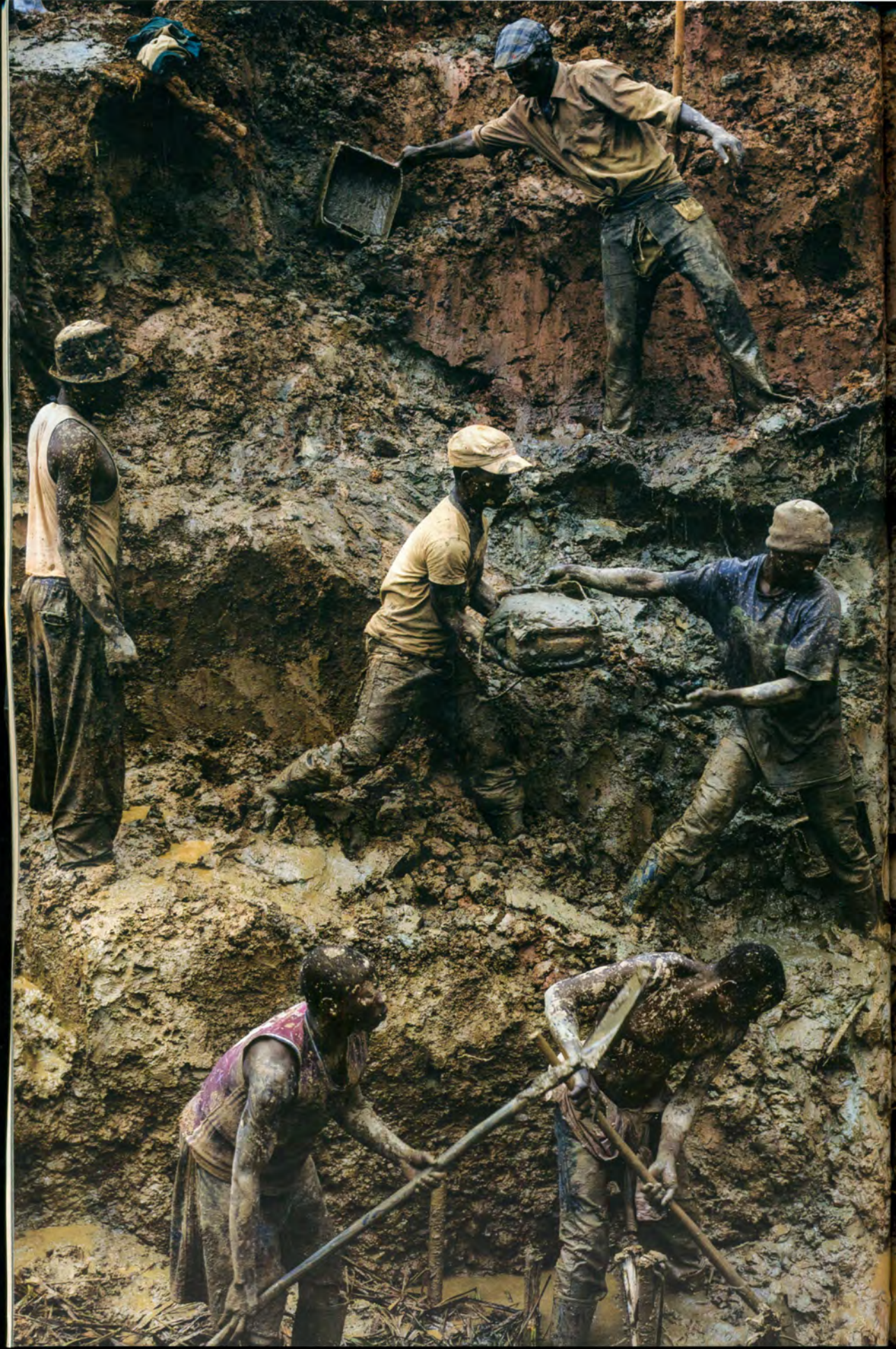
“¡Sigara, sigara!”, corean los chicos, pidiendo tabaco. El fotógrafo Marcus Bleasdale y yo sacamos por la ventana puñados de cigarrillos Sportsman, una marca local, que desaparecen de inmediato en sus manos ávidas. Eso, junto con unos miles de francos congoleños arrugados (menos de cinco dólares estadounidenses), basta para que nos dejen seguir por la muy accidentada terracería, pasando villorrios de chozas y bananos hacia un horizonte de montañas gigantes que parecen rozar el cielo.

Al llegar a Bavi nos sentamos con los ancianos de la aldea para hablar acerca del oro. Aun cuando el precio mundial del metal se ha cuadruplicado en los últimos 10 años, el lugar no muestra indicio alguno de desarrollo o prosperidad. Bavi tiene el aspecto de cualquier otro poblado del Congo oriental: un conjunto de chozas circulares junto al camino, un mercado con puestos hechos de palos, tenderos aletargados vendiendo ropa de segunda mano y hombres de mirada vidriosa que apestan a licor casero y caminan a trompicones por senderos de tierra. No hay electricidad ni



Niños soldados patrullan la mina de oro de Bavi, en la Provincia Oriental. Estos chicos están bajo las órdenes del caudillo Cobra Matata, quien negocia con minerales para adquirir armamento.





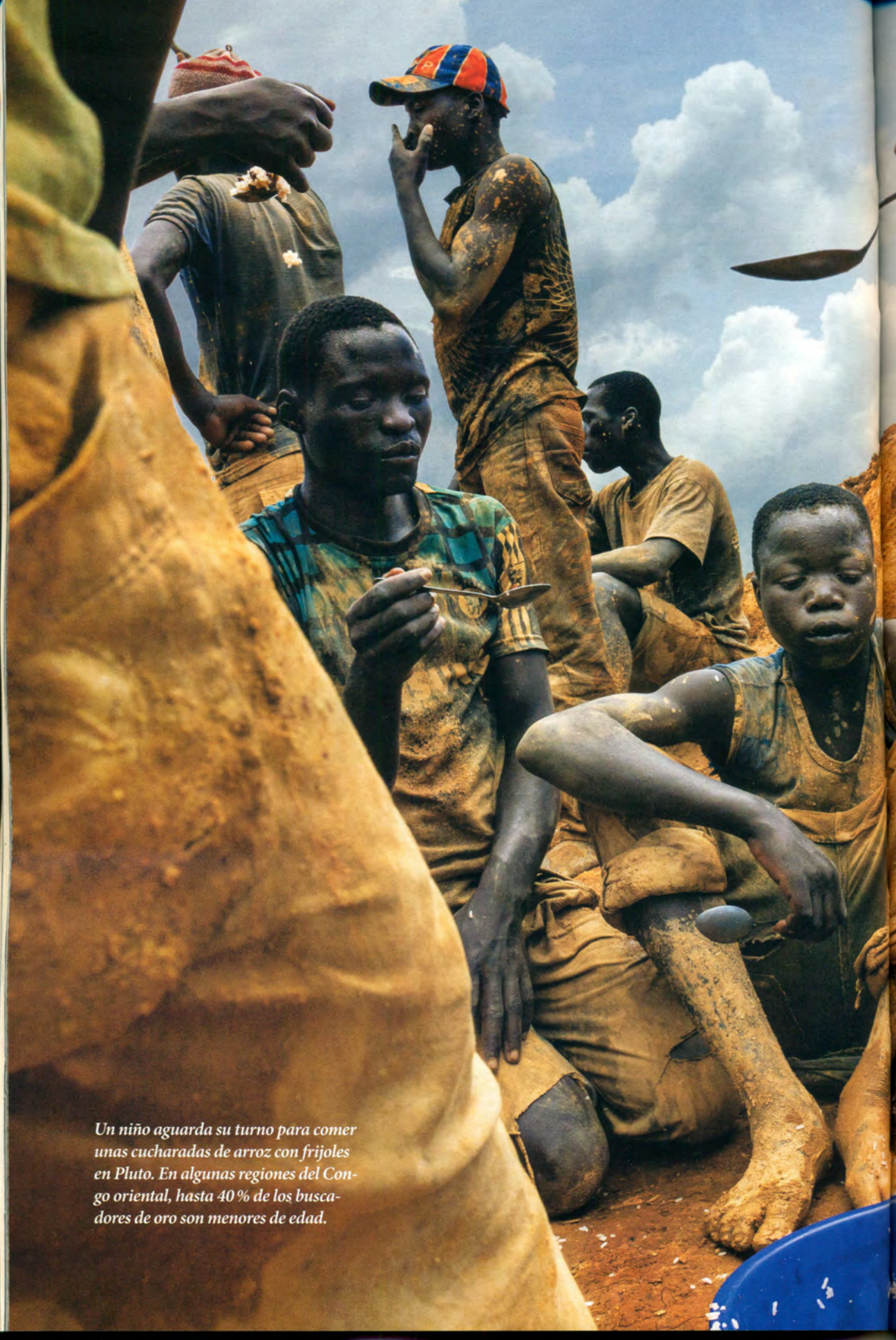
Obreros desgarran el suelo para buscar oro en la mina Sufferance, en la región de Ituri. Valuado en más de 600 millones de dólares anuales, gran parte del metal amarillo congolés cruza las fronteras de contrabando.



El oro se ha vuelto el mineral de conflicto más lucrativo. Las ganancias ilícitas con estaño, tungsteno y tantalio se redujeron cuando comenzó a ganar terreno una campaña que vinculó dichos minerales con la violencia.







Un niño aguarda su turno para comer unas cucharadas de arroz con frijoles en Pluto. En algunas regiones del Congo oriental, hasta 40% de los buscadores de oro son menores de edad.





Deudos asisten al entierro de Alexandrine Kabitsebangumi, muerta a los ocho meses en Kibati, campamento a las afueras de Goma que alberga a los desplazados por la violencia.



agua corriente; hacen falta medicinas y libros para la escuela; los niños andan descalzos, con los vientres distendidos como globos a causa de la desnutrición, los parásitos o ambos.

“Estamos en quiebra”, revela Juma Mafu, uno de los ancianos. “Tenemos mucho oro, pero no hay máquinas para sacarlo. Nuestros cavadores usan las manos. Ninguna compañía grande vendrá aquí hasta que tengamos paz”. Y eso es algo que, a todas luces, no tienen.

Las aves trinan y el sol vespertino empieza a ocultarse mientras caminamos cuesta abajo hacia

El ministro de minas mueve su gruesa cabeza y dice: “Están arrestados”.

el filón. Hacemos una primera escala para saludar al “ministro de minas”, quien se encuentra en una taberna del mercado, sentado cual Buda con los ojos entornados detrás de una selva de botellas de cerveza Primus que acaba de vaciar. Es un tipo enorme, que intenta cubrir los pliegues mantecosos de su espalda con una chaqueta plateada vulgar.

“Hujambo, mzee”, saludo respetuosamente en swahili y él deja escapar un sonoro eructo. Le informo que somos reporteros y que nos gustaría ver la mina de oro.

El hombre suelta una risita maligna y dice: “¿Cómo sé que son reporteros? Tal vez sean espías”. Sus palabras corren como fuego por el mercado y una multitud nos rodea de inmediato.

Tenemos que irnos, pienso. Tenemos que irnos, ahora mismo. Con toda la naturalidad que me es posible en ese momento, pues mi voz comienza a quebrarse, respondo: “Bueno, sí; no hay problema. Entonces nos vamos a casa”.

Pero el ministro de minas mueve su cabeza gruesa. “No, nada de eso. Están arrestados”. “¿Por qué?”, inquiero, con la garganta reseca. “Por estar en una *zone rouge*”.

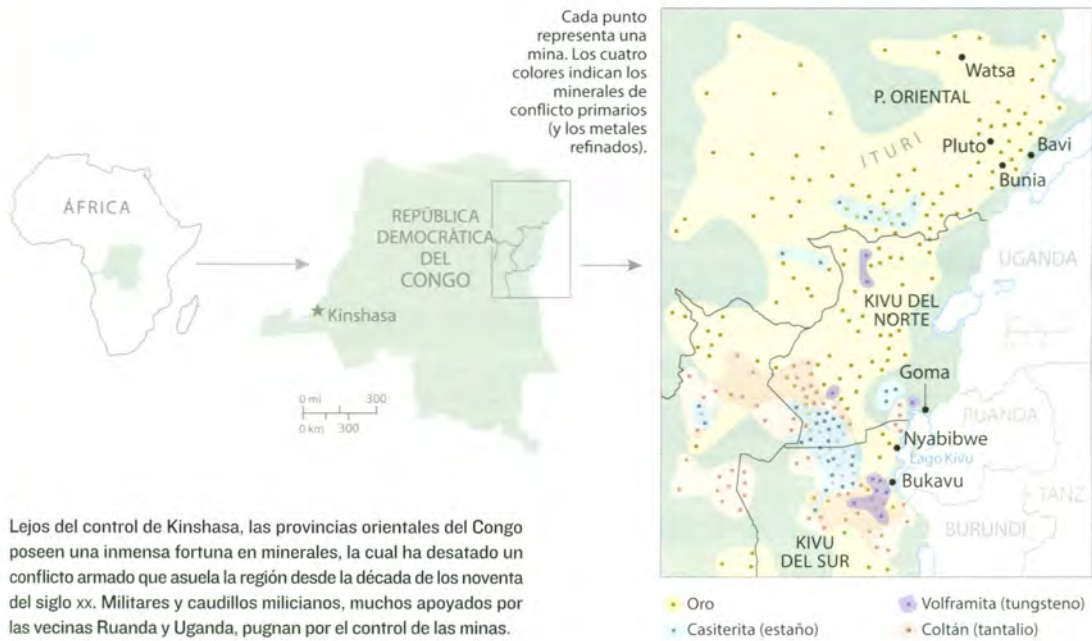
¿Acaso la mayor parte del oriente del Congo no es una zona roja controlada por grupos armados?, me pregunto. Pero no abro la boca porque, en ese instante, nos escoltan a un auto para

emprender un viaje de cinco horas hasta la ciudad de Bunia donde, a punta de pistola, nos interrogan en una casucha oscura, con siniestras manchas en el suelo.

ESTA ES LA HISTORIA DEL CONGO: débil y corrupto, el gobierno de Kinshasa –la capital– ha permitido que el enorme país se pudra hasta la médula, mientras que la apartada región oriental ha caído en la anarquía, devastada por un amasijo de grupos rebeldes que financian su brutalidad con minerales robados, aunque el ejército gubernamental no es menos perverso y deshonesto. Son pocas las naciones modernas que han sufrido tanto tiempo y en una escala tan espantosa como el Congo donde, año tras año, centenares de hombres, mujeres y niños son masacrados, a veces en lugares tan recónditos de la selva que pasan semanas antes de que la verdad se sepa; donde cientos de miles de mujeres son violadas impunemente.

Para entender cómo fue que el Congo descendió a semejante caos hay que retroceder más de un siglo, a la época en que el rey Leopoldo II de Bélgica se apropió del enorme territorio en el corazón de África, declarándolo una colonia personal y decidido a obtener caucho y marfil, propició la voraz explotación de recursos que ha persistido hasta nuestros días. Hacia 1960, cuando Bélgica reconoció repentinamente la independencia del Congo, estallaron insurrecciones que allanaron el camino para un ambicioso y joven militar llamado Mobutu Sese Seko, quien se hizo del poder y jamás lo dejó. Mobutu gobernó 32 años, atiborrándose de pasteles parisinos recién horneados que hacía transportar en avión hasta sus palacios selváticos, mientras los niños congoleños morían de hambre.

A la larga, Mobutu habría de caer, arrastrando consigo al país. En 1994 se desató un genocidio en la vecina Ruanda que cobró un millón de vidas. Como muchos asesinos huyeron al oriente del Congo, la región se convirtió en una base desestabilizadora para Ruanda, de modo que esta se alió con la colindante Uganda para invadir el Congo, instalar a su favorito Laurent Kabila y deponer a Mobutu en 1997. Sin embargo, pronto



Lejos del control de Kinshasa, las provincias orientales del Congo poseen una inmensa fortuna en minerales, la cual ha desatado un conflicto armado que asuela la región desde la década de los noventa del siglo xx. Militares y caudillos milicianos, muchos apoyados por las vecinas Ruanda y Uganda, pugnan por el control de las minas.

se hartaron de él y volvieron a invadir el Congo, en un segundo conflicto que involucró a Chad, Namibia, Angola, Burundi, Sudán y Zimbabue, de allí que a menudo sea descrito como la “primera guerra mundial de África”.

En la anarquía resultante, tropas extranjeras y grupos rebeldes se apoderaron de centenares de minas. Los rebeldes financiaron su brutalidad con diamantes, oro, estaño y tantalio, un elemento duro, gris y resistente a la corrosión, muy utilizado en la electrónica. El Congo oriental produce entre 20 y 50 % del tantalio mundial.

A principios del nuevo siglo, bajo una intensa presión internacional, los ejércitos extranjeros abandonaron el arruinado Congo tras destruir puentes, carreteras, viviendas, escuelas y familias enteras, dejando un saldo de hasta cinco millones de muertos. Pese a que la Organización de las Naciones Unidas envió miles de pacificadores militares (aún quedan unos 17 000 efectivos), las masacres continuaron; Estados donadores invirtieron 500 millones de dólares en las elecciones de 2006—las primeras realmente incluyentes del Congo—, pero ni así se modificó la situación.

El oriente del Congo persistió como una zona de guerra donde ugandeses, ruandeses y burundeses seguían cruzando las fronteras para patrocinar organizaciones rebeldes, las cuales utilizan minerales para comprar más armas y pagar a más

rebeldes, como los chicos empelucados de Cobra Matata. A pesar del clamor internacional, nadie sabía exactamente qué hacer.

HACIA 2008, una masa crítica de grupos pro derechos humanos y legisladores estadounidenses comenzó a plantear una interrogante fundamental: ¿qué hacer con los minerales? ¿Podría sanearse el comercio mineral del Congo?

El 21 de julio de 2010, el presidente Barack Obama firmó la ley Dodd-Frank de reforma financiera, mamotreto de 848 páginas que incluía una sección especial sobre los minerales de conflicto y exigía que las empresas estadounidenses de cotización bursátil divulgaran si alguno de sus productos contenía minerales extraídos de minas controladas por grupos armados dentro o en las inmediaciones del Congo. Aun cuando el estatuto no impedía específicamente que las compañías utilizaran minerales de conflicto congolese, las grandes empresas temieron verse asociadas con lo que, sin duda, es el peor desastre humanitario del planeta.

Incluso antes de implementarse la legislación, algunas corporaciones importantes, como Intel, Motorola y HP, comenzaron a seguir la pista a los minerales utilizados en sus productos y, desde que entró en vigor, muchas otras compañías —no todas— han mejorado la auditoría de sus

cadenas de abasto, asegura Enough Project, organización estadounidense no lucrativa que califica los esfuerzos de grandes empresas para fomentar un comercio de minerales limpios.

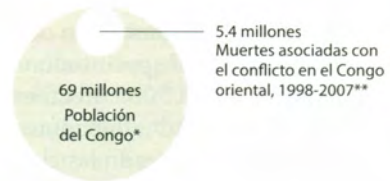
Chuck Mulloy, de Intel, reconoce que acatar las nuevas reglamentaciones merma el ingreso (no dice cuánto), mas “no queremos apoyar a un montón de violadores, saqueadores y asesinos. Así de simple”. Para fines de 2012, los microprocesadores de Intel ya no contenían tantalio congoleño; no obstante, la compañía no puede garantizar que sus microchips no estén contaminados con pequeñas cantidades de otros minerales de conflicto, como oro, estaño o tungsteno.

Una de las críticas a la ley Dodd-Frank es que podía orillar a las compañías electrónicas a boicotear los minerales del Congo y afectar, inadvertidamente, el sustento de los mineros locales. Y eso fue lo que ocurrió, al menos al principio. Las multinacionales dejaron de comprar mineral de estaño (casiterita) y tantalio a los fundidores que no pudieran demostrar que sus minerales no financiaban el conflicto y luego, en septiembre de 2010, el gobierno congolés ordenó una veda de seis meses para todas las actividades de minería y comercio en el oriente del país, arruinado a miles de mineros.

Entonces aparecieron los primeros retoños de una minería reformada. Las autoridades congoleñas empezaron a inspeccionar las minas; el ejército expulsó a milicianos y rebeldes, e introdujo



Desde 1998, el conflicto congolés ha cobrado las vidas de más de cinco millones de personas –el equivalente a la población de una ciudad como Atlanta– y desplazado dos millones de individuos. Oro, tantalio, estaño y tungsteno son componentes de la mayor parte de los dispositivos electrónicos que se multiplican en los hogares estadounidenses.





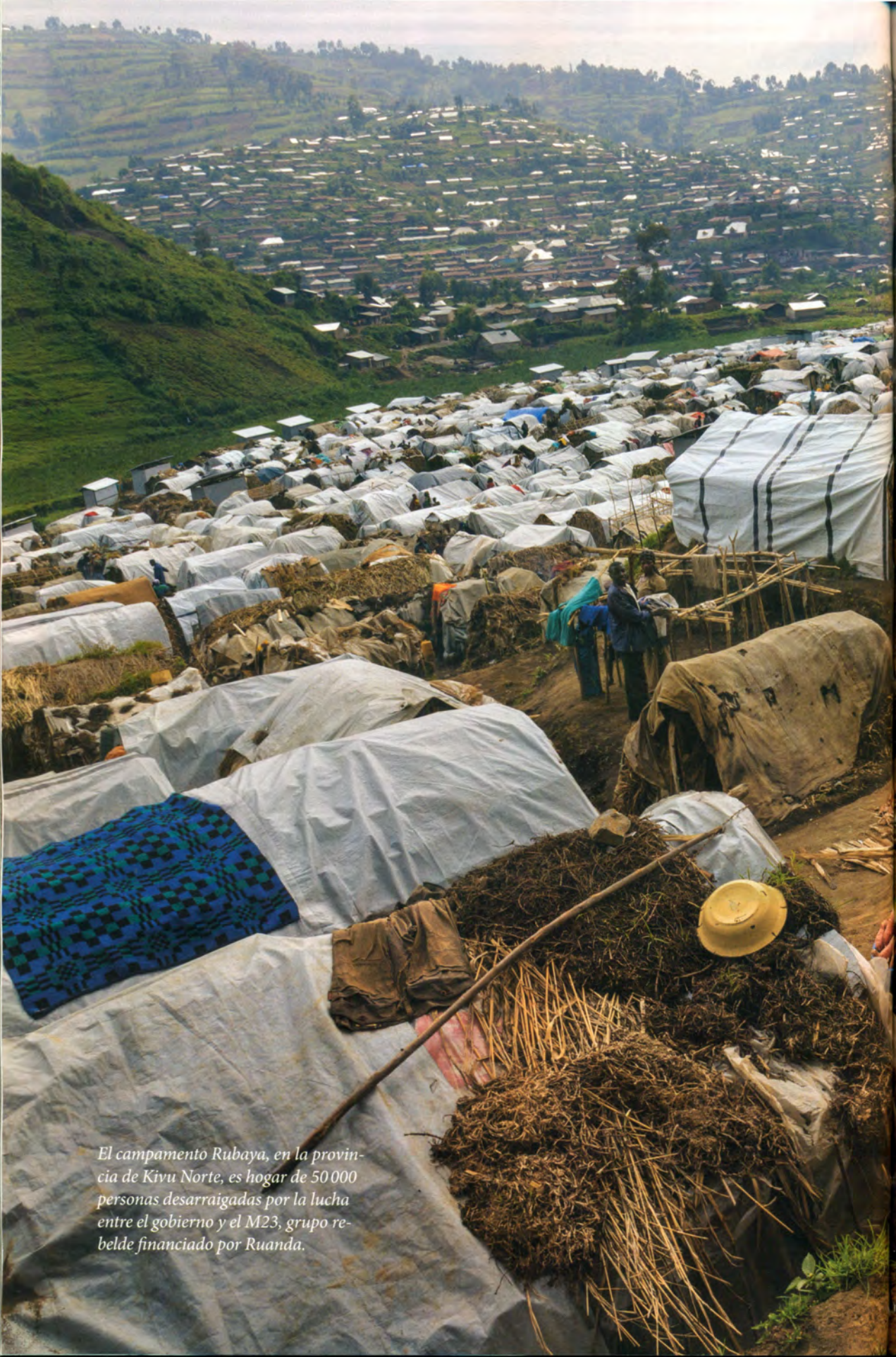
Abandonada a su suerte, esta mujer enfrenta una recuperación prolongada en el refugio de Hope in Action, en Goma. Un estudio de 2007 calcula que más de un millón de congoleesas han sido violadas al menos una vez.

una policía minera recién capacitada para vigilar los sitios; las utilidades de los grupos armados que comerciaban con estaño, tantalio y tungsteno cayeron 65%. Las minas del Congo comenzaban a limpiarse.

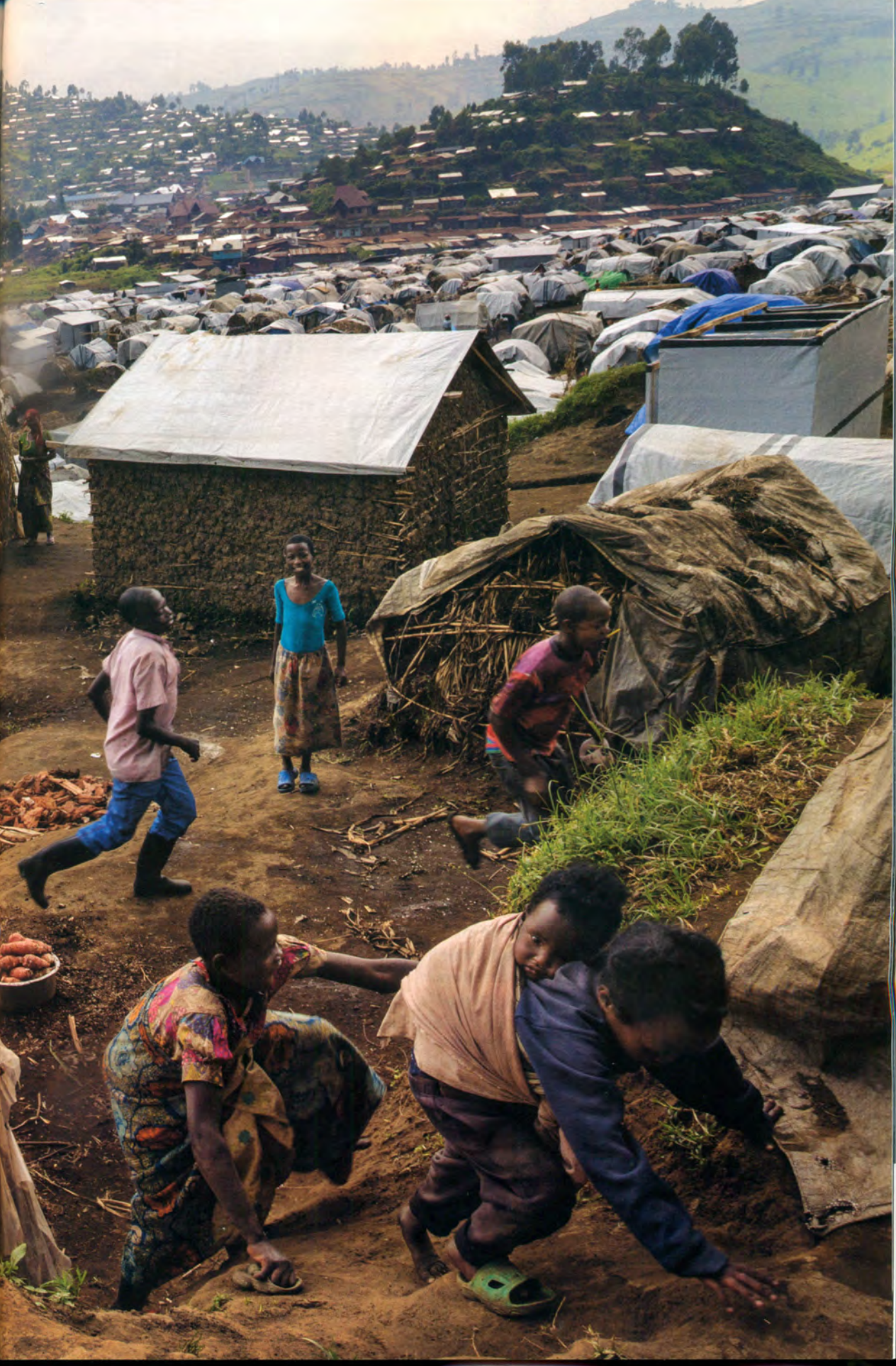
Visitamos una mina “verde”, o libre de conflicto en Nyabibwe, centro minero que abarca varios kilómetros de un valle cercano al lago Kivu. La ladera de la montaña estaba repleta de jóvenes encorvados, harapientos y con lámparas de cabeza que martillaban, cavaban, paleaban,

escarbaban, arañaban y acarreaban cualquier posible brizna de casiterita amarillenta o mineral de estaño. Era como un ejército de hormigas que gastaba millones de calorías y litros de sudor para alimentar una enorme y lejana industria global. Ninguno de los obreros había oído hablar de la ley Dodd-Frank y, al preguntarles por la reglamentación, la mayoría masculló que el precio de la casiterita aún era muy bajo.

Hace mucho que se extrajo de Nyabibwe toda la casiterita fácilmente asequible, de modo que,



El campamento Rubaya, en la provincia de Kivu Norte, es hogar de 50 000 personas desarraigadas por la lucha entre el gobierno y el M23, grupo rebelde financiado por Ruanda.



ahora, los mineros deben cavar a mayor profundidad en la montaña, armados solo con martillos y palas. Las paredes limosas de un túnel llamado Maternity, el túnel madre, se angostan con cada paso; la orientación se pierde en la oscuridad honda; solo se escucha el incesante goteo del agua y, a lo lejos, el canto de los hombres procedente de las entrañas de la Tierra.

Cargados con fardos de casiterita, los mineros salen de los túneles y arrastran los sacos hasta una pequeña choza al pie de la montaña, donde unos dependientes los pesan, anotan cifras en un gran

Estábamos muy confundidos. ¿No se suponía que las autoridades debían combatir a los insurgentes?

libro y pegan un código de barras plástico para indicar que es mineral libre de conflicto. Entonces, los bultos emprenden el viaje en motocicleta o camioneta hasta Bukavu, la población principal, donde son cargados en camiones de transporte pesado que los conducen a Ruanda y de allí a Dar es Salaam, Tanzania, puerto importante en el océano Índico. El destino final de la casiterita es Malasia, donde se funde a más de 1 200 grados centígrados y después se vende a los fabricantes de dispositivos electrónicos.

Nyabibwe estuvo en manos de soldados congoleños y aunque el gobierno ordenó que abandonaran el lugar en 2011, aún circulan informes de que el ejército sigue contrabandeando en esa mina. Con todo, durante nuestra visita, en enero del presente año, no vimos soldados, ni milicianos ni niños obreros; los libros de registro parecían estar en orden y Nyabibwe tenía todo el aspecto de constituir un logro importante.

EL PROBLEMA es que aún son muy pocas las operaciones limpias. Apenas 10% de las minas orientales –55 en total– se consideran libres de conflicto y si bien la mayor parte de las explotaciones de estaño, tantalio y tungsteno han sido desmilitarizadas, las de oro permanecen bajo el control del ejército o en manos rebeldes. Funcionarios gubernamentales que buscan ganar dinero se coluden



en secreto con caudillos insurrectos como Cobra Matata, como lo descubrimos al tratar de tener acceso a la mina de oro de Bavi.

Luego de arrestarnos, los soldados nos interrogaron durante varias horas en una casucha oscura de Bunia: “¿Quién los llevó a Bavi? ¿Cuál es la finalidad de su viaje? ¿Adónde más han ido?”, gritaban.

Estábamos muy confundidos. Sabíamos que Bavi era controlada por rebeldes. Entonces, ¿por qué nos había arrestado un oficial de inteligencia



Para este niño, la esperanza de una vida normal es tan frágil como su refugio. Mientras persista el comercio ilícito con minerales de conflicto, el temor y la codicia imperarán en el Congo oriental.

del gobierno? ¿No se suponía que las autoridades tenían que combatir a los insurgentes?

“Cayeron en un juego –nos explicó un funcionario de la Organización de las Naciones Unidas con años de experiencia en el Congo–. Todos comparten las ganancias ilegales. Es una rebatiña en la que tratan de quedarse con todo lo posible”.

“El gobierno se derrumba y todos buscan un arreglo que excluya a Kinshasa –agregó el funcionario–. Los hombres de Bavi no querían que ustedes vieran lo que estaban tramando”.

Al preguntarle qué hacía falta para arreglar la situación del Congo fijó la mirada en sus zapatos.

“No hay una solución fácil –dijo–. Ni siquiera estoy seguro de que haya alguna solución”.

Al día siguiente abandonamos Bunia en una avioneta de hélice. Abajo, los bananales se fundían en una maraña verde oscuro y las aldeas de chozas se transformaban en minúsculos puntos pardos mientras cruzábamos las montañas hermosamente perfiladas donde yace enterrado todo ese tesoro. □